

¡Confiésese y Siga Su Marcha!

R. B. THIEME, JR.

TRADUCIDO Y ADAPTADO POR
ORLANDO SALAS



R. B. THIEME, JR., BIBLE MINISTRIES
HOUSTON, TEXAS

MATERIALES BÍBLICOS

No hay cargo alguno por los materiales del R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries. Cualquier persona que desee instrucción Bíblica, puede recibir nuestros libros, DVDs, y MP3 CDs sin costo u obligación. Es Dios quien provee la doctrina Bíblica. Nosotros sólo deseamos reflejar Su gracia.

R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries es un ministerio de gracia y opera totalmente a través de ofrendas voluntarias. No hay lista de precios para nuestros materiales. No solicitamos dinero. Cuando la gratitud por la Palabra de Dios motiva al creyente a dar, entonces él tiene el privilegio de contribuir en la diseminación de la doctrina Bíblica.

Originalmente publicado como *Rebound and Keep Moving!*

©1993 R. B. Thieme, Jr.

La primera edición fue publicada en 1972. La segunda en 1993.

Este libro ha sido editado de las lecturas
y notas no publicadas de R. B. Thieme, Jr.

Un catálogo de los materiales
disponibles será provisto al interesado.

Ministerio Bíblico de R. B. Thieme, Jr.

P.O. Box 460829, Houston, Texas 77056-8829

www.rbthieme.org

©1999, derechos reservados por: R. B. Thieme, Jr.

La tercera impresión en 2013.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida mediante ningún sistema o método, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o sistemas de almacenamiento o recuperación, sin la previa autorización por escrito del publicador.

Las escrituras citadas provienen de La Biblia De Las Américas,

© 1960, 1962, 1963, 1968, 1971, 1972, 1973, 1975, 1977

Por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

Impreso en los Estados Unidos de América.

ISBN 1-55764-063-7

Contenido

Prólogo	v
¿Y el Pecado?	2
¿Y la Gracia?	3
La Gracia Para el Creyente y Para el Incrédulo	3
¿Por Qué Confesarse?	4
El Rebelde Interno	5
Entendiendo la Naturaleza Pecaminosa	7
El Área de Debilidad	7
El Área de Fortaleza Empieza	8
La Naturaleza Pecaminosa Tiene Dos Tendencias	9
El Patrón de Lujuria	9
La Norma de Dios es Absoluta	10
Parentesco Eterno —el Círculo Superior	10
Comunión Temporal —el Círculo Inferior	12
¿Lo Escandaliza la Carnalidad?	13
¿Está Completa Su Lista?	15
Los Pecados en la Lista de Dios	16
Los Dos Ministerios Distintos del Espíritu Santo	18
¡Confesándonos!	19
Confiésete Sólo Con Dios	20
Perdón Sólo por la Gracia	21
El Hijo Pródigo	22
¿Qué Sucede Después de la Confesión?	24
Aísle Sus Pecados	24

Olvide Sus Pecados y Siga Su Marcha	25
Enjuiciamiento Propio o Disciplina Divina	25
La Confesión para el Avance Espiritual	27
David: Fracaso y Recuperación	28
David, el Gigante Espiritual	28
David, el Gigante Carnal	28
Los Planes de David	30
¿Valió la Pena?	35
La Confesión de David	37
¡Qué Precio se Paga!	37
El Programa de Entrenamiento Divino	41
No Le Falle a la Gracia de Dios	42
 Glosario	 45
 Índice de las Escrituras	 48

Prólogo

Antes de comenzar su estudio bíblico, si usted es un creyente en el Señor Jesucristo asegúrese de haber confesado sus pecados a Dios Padre en la intimidad de su mente.

Si confesamos nuestros pecados [conocidos], Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados [conocidos] y para limpiarnos de toda maldad [pecados desconocidos u olvidados] (1 Juan 1:9).

De esa forma estará en comunión con Dios, lleno del Espíritu Santo, y listo para aprender la doctrina de la Palabra de Dios.

«Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en [la llenura o plenitud del] espíritu y en verdad [doctrinal]» (Juan 4:24).

Si usted nunca a creído personalmente en el Señor Jesucristo como su Salvador, entonces el asunto no es a confesar sus pecados. El asunto es sólo la fe y sólo en Cristo.

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él (Juan 3:36).

PORQUE LA PALABRA DE DIOS es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y {es poderosa} para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12).

Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra (2 Timoteo 3:16–17).

Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, {como} obrero que no tiene de qué avergonzarse, que maneja con precisión la palabra de verdad (2 Timoteo 2:15).

¡Confiéscese y Siga Su Marcha!

GANAR UN PARTIDO DE BALONCESTO requiere que los jugadores lancen y reboten el balón. Cuando el balón sale de la mano del lanzador, se arquea graciosamente hacia el cesto, cae dentro del círculo interior del aro y se desliza por la red, él hace puntos. Pero cuando su lanzamiento falla, el balón tiene que ser rebotado. El rebote recupera la pérdida del balón cuando sale rechazado del aro o del tablero. El rebote reintegra la oportunidad de lanzar, hacer puntos y finalmente ganar.

En la vida espiritual todo cristiano falla el lanzamiento, o sea, peca. Pero al igual que en el baloncesto, la contienda de la vida cristiana no termina cuando el creyente peca. Dios benignamente provee la manera de rebotar del pecado, de restaurar la plenitud del Espíritu Santo, de recuperar la comunión con Dios, y de seguir la marcha en la vida espiritual. A este rebote la Biblia le llama confesión. La confesión le ofrece al creyente un número infinito de oportunidades para ser ganador en la vida cristiana.

¿Y EL PECADO?

Si en el baloncesto todos los lanzamientos pasaran por el aro y se hicieran puntos, el rebote no sería necesario. Pero ningún jugador es perfecto. Si los cristianos nunca pecaran la confesión no sería necesaria. Pero ningún cristiano es perfecto. Todos pecamos.

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros (1 Ju. 1:8).¹

Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso y su palabra no está en nosotros (1 Ju. 1:10).

El pecado es desobediencia a la voluntad de Dios —cualquier acto mental, verbal o actividad externa contraria al carácter perfecto y a las normas perfectas de Dios. Sin embargo, ¿por qué continúan pecando los creyentes después de la salvación?

La volición de Adán es la culpable. Dios creó al primer hombre perfecto, sin pecado. Pero la decisión de Adán en el Huerto de Edén de desobedecer a Dios al comer la fruta prohibida (Gen. 3:6–8) enajenó a toda la raza humana de Dios (Gen. 3:2–3; V., Rom. 5:12; 1 Co. 15:22).

La muerte espiritual que resultó del pecado de Adán fue transmitida a todos los hombres. La raza humana, pecadora e imperfecta no puede tener relación con Dios que es perfecto.

La omnisciencia de Dios sabía que el libre albedrío de Adán escogería pecar.² Por eso, aun antes de que Dios creara al hombre, Él concibió un plan para reanudar nuestra relación con Él. Él enviaría a su Hijo, Jesucristo, para morir en la cruz. Como nuestro substituto perfecto, Jesús pagó la pena por todos los pecados humanos —pasados, presentes y futuros (Rom. 5:8; 2 Co. 5:14–15, 19; 1 Pe. 2:24; 1 Ju. 2:2). Este plan o política sin igual hacia la raza humana se llama gracia.

1. Todas las Escrituras de este libro se citan de La Biblia de las Américas (LBDLA). Los comentarios en corchetes reflejan la ampliación de la traducción de LBDLA enseñadas en las lecturas de las clases de Biblia (disponibles en discos MP3 «en inglés» por medio del Ministerio Bíblico de R. B. Thieme, Jr., Houston, Texas).

2. Omnisciencia quiere decir literalmente «todo lo sabe» y describe el atributo de Dios de conocimiento completo de todas las cosas, incluyendo lo actual y lo posible, los eventos pasados, presentes y futuros.

¿Y LA GRACIA?

La solución de Dios para el pecado se establece por su gracia. La gracia es todo aquello que Dios está libre de hacer por cada uno de nosotros basado en la obra redentora de Jesucristo en la cruz. Nosotros no nos ganamos ni nos merecemos la gracia; nosotros no podemos hacer nada para merecernos el favor y la bendición de Dios. Él lo ha hecho todo por nosotros.

La Gracia Para el Creyente y Para el Incrédulo

El pecado separa al incrédulo de Dios. Debido a que Jesucristo solucionó el problema del pecado en la cruz, sólo un asunto confronta al incrédulo: ¿Qué cree usted de Cristo? El asunto se resuelve con un simple acto de fe.

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo» (Hec. 16:31b).

Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe (Efe. 2:8-9).

Cuando usted cree en Jesucristo, un acto no meritatorio, instantáneamente Dios el Espíritu Santo lo hace entrar a un parentesco personal y eterno con Dios Padre. Usted es salvado por la gracia. Aun siendo un ser imperfecto, usted es declarado recto en el momento de la salvación cuando a usted se le da la rectitud de Dios (Rom. 4:3-5; 2 Co. 5:21). No importa cuántos pecados usted cometa en su vida cristiana, su parentesco eterno nunca puede ser rechazado debido a que la promesa inmutable de Dios garantiza que sus transgresiones no serán recordadas.

Yo, yo soy el que borro tus transgresiones por amor a mí mismo, y no recordaré tus pecados (Isa. 43:25).

Inmediatamente después de la salvación, la gracia logística se extiende desde la justicia de Dios a la rectitud de Dios que está presente en usted. En la vida militar, la logística, el suplir las tropas y el equipo, juega un papel vital. Pero en la vida cristiana la logística juega un papel aún más dramático y central. Usted está vivo hoy debido a la gracia

logística.³ Dios suple todas sus necesidades, y como parte de la gracia logística la técnica de la confesión limpia su vida de pecados personales, liberándolo para que usted pueda avanzar espiritualmente.

¿Por Qué Confesarse?

Si el problema del pecado fue resuelto en la cruz, ¿por qué sigue siendo tema el pecado? Si todos los pecados ya han sido pagados, ¿por qué tiene que confesarse? ¡Para ser perdonado! ¡Los pecados *no* fueron perdonados en la cruz! Sólo la pena por el pecado ha sido removida de una vez por todas en la cruz. La muerte substitutionaria de Cristo efectuó la redención,⁴ pero no el perdón.

Todos los pecados antes de la salvación, después de la salvación, y los pecados del incrédulo fueron imputados por Dios Padre a Jesucristo en la cruz y fueron *juzgados*. Debido a ese juicio los pecados ya no son una barrera para nuestra salvación. La redención del mercado de los esclavos del pecado hizo que el camino a la salvación y al perdón se abrieran para todos aquellos que expresen solamente fe en Jesucristo solamente. La expresión de la fe no meritoria es el momento del perdón de todos los pecados *antes de la salvación* del creyente.

¿Y el perdón de los pecados del creyente después de la salvación? Las repercusiones de los pecados personales en la vida de un creyente *después de la salvación* tienen que ser confrontados. Cuando un creyente peca, inicialmente pierde la comunión con Dios y la plenitud del Espíritu Santo, el poder de la vida cristiana. Ningún miembro de la Trinidad puede tener comunión con un creyente que tenga pecado en su vida. La confesión, citar o nombrar nuestros pecados conocidos a Dios Padre, es la única manera compatible con la gracia para recibir el perdón divino para restaurar la comunión con Dios, recuperar la plenitud del Espíritu Santo, y resumir la vida espiritual. ¡No existe otra opción! La confesión es el mandato divino, nuestro acceso a la intimidad con el Señor, la puerta hacia el poder divino en nuestras vidas, nuestra licencia para servir al Señor.

3. Las otras categorías de gracia para el creyente se encuentran en: *The Integrity of God* por R. B. Thieme, Jr. (Houston: R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries, 2005), 33–35, 215–16. De aquí en adelante, las citas de referencia a mis libros sólo darán el título, la fecha de publicación en la primera cita y la página o páginas. También véase *Christian Integrity* (2002), 60–62. Para un listado de estas bendiciones dadas en el momento de la salvación véase Thieme, *El Plan de Dios* (2001), Apéndice.

4. Thieme, *The Barrier* (2003); *Slave Market of Sin* (1994).

EL REBELDE INTERNO

Porque lo que hago, no lo entiendo; porque no practico lo que quiero hacer, sino que lo que aborrezco, eso hago (Rom. 7:15).

Así que ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en mí (Rom. 7:17).

Durante nuestra vida como cristianos siempre estaremos plagados con la naturaleza pecaminosa heredada de Adán.⁵ Después de pecar puede ser que experimentemos sentimientos de remordimiento o culpabilidad; después, quizá tratemos de obtener el perdón de Dios haciendo actos de penitencia o de castigo propio. ¿Por qué? Nosotros nos sentimos culpables porque tomamos decisiones de «hacer lo que nosotros aborrecemos.» Nosotros nos castigamos para purgar el sentimiento de culpabilidad. Razonamos erróneamente, cuando me siento perdonado, entonces estoy perdonado.

Tales intentos humanos para ganar el perdón sólo pueden llevarnos a la confusión, a una consciencia tiranizada por la culpabilidad, y a la impotencia espiritual. Nadie puede llegar a merecer el perdón de Dios. Entender la relación que existe entre la naturaleza pecaminosa y el pecado es necesaria para evitar el complejo de culpabilidad una vez que nos involucramos en el pecado.

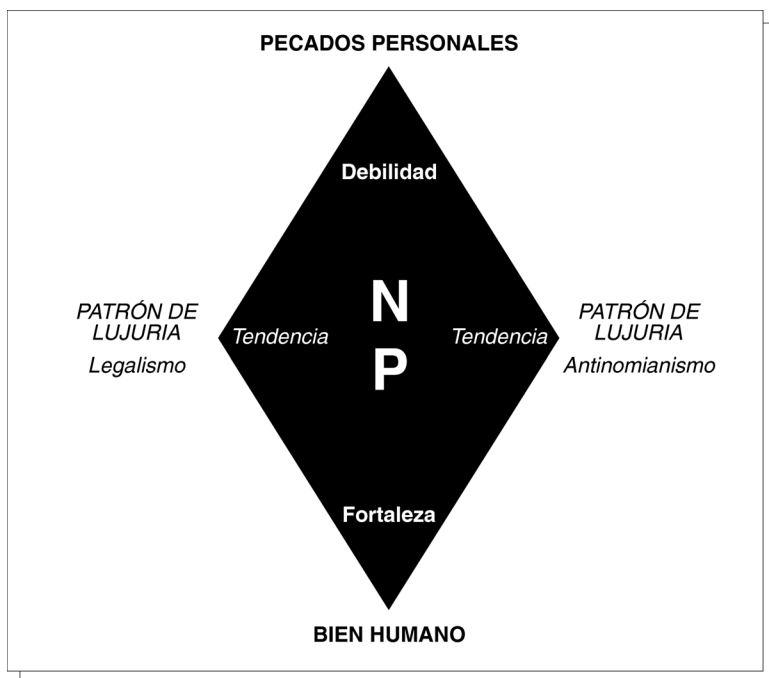
Cuando Adán optó por desobedecer a Dios él murió espiritualmente y fue maldito con una naturaleza pecaminosa. Esa naturaleza pecaminosa, posteriormente fue heredada por todo ser humano y resultó en la muerte espiritual —separación de Dios durante el tiempo y en la eternidad y la soberanía de la naturaleza pecaminosa sobre la vida humana (Rom. 6:12). La naturaleza pecaminosa misma es transmitida genéticamente a través de la procreación y reside en la estructura celular del cuerpo humano (Rom. 6:6; 7:14, 18). Acechando invisiblemente dentro de nuestra contextura genética, la naturaleza pecaminosa le tienta constantemente a nuestra alma incitándola a rebelarse contra Dios. Pero la naturaleza pecaminosa no puede hacernos pecar. La tentación no es un pecado. La *naturaleza pecaminosa* sólo es la fuente de la tentación;

5. La naturaleza pecaminosa es el «viejo hombre» de Efesios 4:22; la naturaleza de Adán la «carne» de Romanos 8:3-4; el «pecado» en principio, de Romanos 7:8-20. Véase Thieme, *God the Holy Spirit vs. The Sin Nature* (2013).

nuestra volición es la fuente del *pecado personal*. Solamente cuando elegimos sucumbir ante esa tentadora interna pecamos. Nuestra elección nos hace responsables por todos nuestros pecados.

Con la excepción de Jesucristo, toda persona nacida dentro de la raza humana posee una naturaleza pecaminosa (1 Pe. 2:22; V., Rom. 3:23). La salvación no erradica a esta inherente corruptora de la raza humana, pero sí nos da acceso a la única manera de resolver la repercusión del pecado en nuestras vidas. Ningún creyente cesará de pecar o será perfecto en esta vida.

El apóstol Juan plantea el problema del pecado concisamente. El creyente que niega que él peca personalmente es culpable de auto-decepción, culpable de ignorancia de la verdad divina, o culpable de llamar a Dios un mentiroso lo cual es blasfemia (1 Ju. 1:8, 10). Durante su vida el creyente batalla continuamente con el pecado. Pero Dios no nos ha dejado indefensos contra el incesante ataque de la tentación de la naturaleza pecaminosa y de nuestra propensión a pecar.



Entendiendo la Naturaleza Pecaminosa

Para reconocer el pecado en nuestras vidas nosotros tenemos que entender cómo la naturaleza pecaminosa busca influenciar y ganar control de nuestras almas. La naturaleza pecaminosa está compuesta de un área de debilidad, un área de fortaleza, de tendencias hacia el legalismo y a la antinomia y de patrones de lujuria. Dentro de la naturaleza pecaminosa el área de debilidad es la fuente de la tentación del pecado personal; el área de fortaleza es la fuente del bien humano.

El área de debilidad tienta a cometer pecados personales en tres categorías. La primera es los pecados de actitud mental, incluyendo el orgullo, la envidia, los celos, las amarguras, el odio, la venganza, la implacabilidad, el sentido de culpabilidad, el miedo, la preocupación, la ansiedad, la autocompasión (Pro. 8:13; Isa. 41:10; Fil. 4:6; 1 Ju. 2:11). Los pecados de actitud mental son los más destructivos para la vida espiritual. Ellos pueden iniciar rápidamente una agrupación de pecados los cuales se desarrollan y forman los «pecados en cadena.»⁶

Los *pecados de la lengua* forman la segunda categoría de pecados personales. Estos pecados se desarrollan de los pecados de actitud mental e incluyen: calumniar, juzgar, amedrentar, chismear, criticar y mentir. Santiago nos advierte de la devastación acarreada por esta categoría de pecados.

Así también la lengua es un miembro pequeño, y sin embargo, se jacta de grandes cosas. Mirad, ¡qué gran bosque se incendia con tan pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo, es encendida por el infierno e inflama el curso de nuestra vida (San. 3:5-6).

La tercera categoría de pecados personales es los *pecados evidentes*. Algunos pecados evidentes declarados en la Biblia son: asesinato, adulterio, borracheras, abuso de drogas y robo.

6. Los pecados en cadena significa edificar un pecado sobre otro. Véase Thieme, *Isolation of Sin* (2000), 10-12.

Ahora bien, las obras de la carne son evidentes, las cuales son: inmoralidad, impureza, sensualidad, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, enojos, rivalidades, disensiones, sectarismos, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes (Gál. 5:19–21a).

La gente mal informada insiste que ciertos tabúes también son pecados evidentes. Un tabú es una prohibición arbitrariamente impuesta por un grupo social o religioso. Pero los tabúes no son la base para fijar el pecado. Mientras que algunos no perdonan ciertos tabúes, la Biblia no los condena como pecados. Los creyentes tienen que ser guiados por lo que enseña la Biblia.

El área de fortaleza empieza a funcionar solamente después de que el creyente opta por pecar y cae bajo el control de la naturaleza pecaminosa. Del área de fortaleza la naturaleza pecaminosa produce obras de bien humano u «obras muertas» (Heb. 6:1). Estas buenas obras pueden ser producidas por creyentes y por incrédulos. Puede que darán los mismos resultados en términos humanos. El bien humano, incluyendo la filantropía, la caridad y el altruismo, pueden ser beneficiosos a la humanidad. Pero para el creyente, a menos de que la motivación provenga de la plenitud del Espíritu Santo, el bien humano no tiene valor espiritual. Las Escrituras distinguen entre las obras buenas con valor espiritual y eterno, y las obras buenas que sólo tienen valor temporal.

Ahora bien, si sobre el fundamento [Jesucristo] alguno edifica con oro, plata, piedras preciosas [bien divino], madera, heno, paja [bien humano], la obra de cada uno se hará evidente [el tribunal de Cristo]; porque el día la dará a conocer,⁷ pues con fuego será revelada; el fuego mismo probará la calidad de la obra de cada uno. Si permanece la obra de alguno [bien divino] que ha edificado sobre el fundamento, recibirá recompensa. Si la obra de alguno [bien humano] es consumida por el fuego, sufrirá pérdida [de recompensas, no de salvación eterna]; sin embargo, él

7. Sólo los creyentes serán evaluados en el tribunal de Cristo. Los creyentes no serán juzgados por sus pecados, estos fueron juzgados en su totalidad en la cruz, si no que serán juzgados por sus obras de bien humano o de bien divino.

será salvo [llevado al cielo], aunque así como por fuego (1 Co. 3:12–15).

Con nuestra perspectiva limitada todas las obras buenas pueden parecer iguales. Pero Dios distingue entre aquellas hechas por el poder de la naturaleza pecaminosa de aquellas hechas por su poder. Las obras del bien humano —madera, heno y paja— no tienen valor espiritual, y no son recompensables en el cielo, y no glorifican a Dios. Estas obras buenas son inaceptables a Dios.

Como trapo de inmundicia todas nuestras obras justas [bien humano] (Isa. 64:6b).

Frecuentemente, las obras buenas no alcanzan lo que se proponen y algunas veces hasta contribuyen a la maldad. La naturaleza pecaminosa de los seres humanos corrompe las buenas intenciones. Las obras de bien humano nunca son soluciones permanentes para los problemas de la humanidad. En este mundo imperfecto sólo las obras del bien divino, producidas en el poder de Dios el Espíritu Santo, proveen las soluciones permanentes y afectan el ímpetu espiritual.

La naturaleza pecaminosa tiene dos tendencias Una hacia el legalismo —un atentado fútil para ganar la salvación, la espiritualidad o la aprobación de Dios a través de la moralidad o de las buenas obras. La otra es la tendencia hacia la antinomia —la autogratificación que conduce al libertinaje.⁸ Todos nos inclinamos hacia una de las dos direcciones. Cuando estamos bajo el control de la naturaleza pecaminosa generalmente nos movemos en dirección a nuestra tendencia habitual. Con menos frecuencia nos movemos en dirección opuesta. Por ejemplo, una persona puede desarrollar un área de legalismo, a pesar de que su tendencia general sea hacia el libertinaje. Por el otro lado, una persona cuya tendencia sea hacia la autorectitud puede desarrollar repentinamente un área de libertinaje.

El patrón de lujuria es otra característica de la naturaleza pecaminosa. La lujuria es un deseo ilícito o quizá insaciable, la motivación hacia cualquiera de las dos tendencias. Las diferentes clases de lujuria

8. Antinomia es una palabra derivada de dos palabras griegas: *anti* que significa «contra,» y *nomos* que significa «ley.» La antinomia describe la tendencia hacia el libertinaje, la lascivia y la inmoralidad desenfrenada.

incluyen: lujuria de aprobación (el deseo de ser reconocido o aprobado), lujuria de poder, lujuria sexual, lujuria social, lujuria monetaria, lujuria material, ambición inordenada que resulta en competencia inordenada, deseos de venganza, lujuria criminal, lujuria química, lujuria de cruzadas, lujuria de placer. Satisfacer los deseos de lujuria no trae la felicidad duradera que sólo Dios puede dar. Cuando nosotros somos controlados por el patrón de lujuria de la naturaleza pecaminosa, nos convertimos en esclavos de nuestros deseos (Rom. 7:14), divorciados de la realidad.

Nunca juzgue a una persona porque tiene debilidades diferentes a las suyas (Mat. 7:1–5). Aun los cristianos maduros pueden ser desesperadamente pecaminosos en algunas ocasiones. Usted puede ser fuerte en donde ellos son débiles. Un principio indispensable para las relaciones con otros creyentes es permitir que ellos vivan su vida para el Señor. Cada uno tiene que tratar sus propios pecados en privado con el Señor.

LA NORMA DE DIOS ES ABSOLUTA

Parentesco Eterno —el Círculo Superior

Una vez que creemos en Jesucristo, nunca podemos perder la salvación. Nuestra seguridad eterna se basa en el pago hecho por Cristo por cada pecado cometido antes y después de la salvación. Este pago absoluto garantiza nuestro destino eterno en el cielo.⁹ Nada en este universo —arriba en el cielo, en la tierra, o bajo la tierra— nos puede separar de Dios. Una vez que creemos en Jesucristo, *no podemos perder nuestra salvación*.

Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Rom. 8:38–39).

9. Thieme, *The Barrier*.

En el momento que creemos, el Espíritu Santo nos pone en unión con Cristo, el estado irrevocable de un parentesco eterno. Las Escrituras designan a esta unión con Cristo con la frase «en Cristo.»

Estado del creyente en el círculo superior: PERMANENTE



EL CÍRCULO SUPERIOR

Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados (1 Co. 15:22).

Debido a que Dios hizo todo para asegurar esta unión, nosotros no podemos hacer nada para abrogar nuestra posición en Cristo. Nosotros no podemos ser expulsados del «círculo superior» de parentesco eterno.

«Y yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrebatará de mi mano» (Ju. 10:28).

Nosotros estamos sujetos por la mano de Dios que nunca suelta. No estamos sujetos por nuestra propia moralidad, obediencia, obras buenas o cumplimientos religiosos. Nuestra salvación nunca depende de nosotros. La salvación es por medio de la gracia, dada gratuitamente por Dios, nunca ganada ni merecida.

Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe (Efe. 2:8-9).

Debido a que no podemos hacer nada para ganar nuestra salvación, tampoco podemos hacer nada para perderla. Así como la salvación es dada por la gracia de Dios, nuestra vida eterna también es preservada por su gracia. Dios siempre preserva lo que Él a dado.

Para obtener una herencia incorruptible, inmaculada, y que no se marchitará, reservada en los cielos para vosotros, que sois protegidos por el poder de Dios (1 Pe. 1:4–5a).

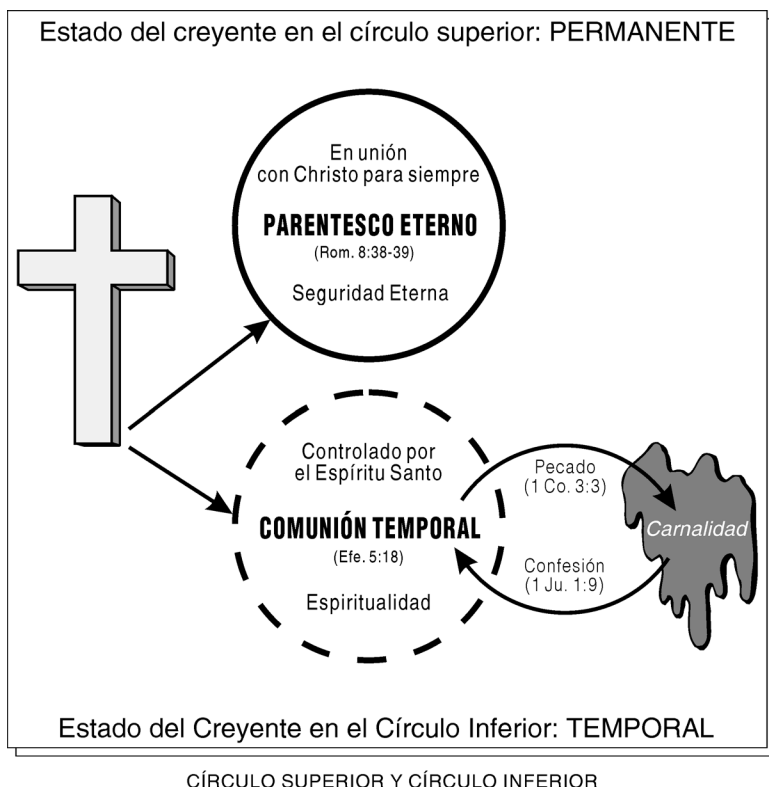
Ningún creyente puede ser arrancado de la omnipotente mano del Señor Jesucristo, aun cuando muera sin haber confesado sus pecados.

Comunión Temporal —el Círculo Inferior

Cuando nosotros creemos en Jesucristo como Salvador, no sólo entramos en el círculo superior, parentesco eterno con Dios, sino que además entramos en el círculo inferior, comunión temporal con Dios. La comunión con Dios provee la manera de vivir la vida cristiana y de crecer espiritualmente. A diferencia del círculo superior, el creyente puede salir del círculo inferior por su propio albedrío.

Estar dentro del círculo inferior representa espiritualidad; estar fuera representa carnalidad. La espiritualidad es el estado absoluto de estar en comunión con Dios, bajo el control del Espíritu Santo. La carnalidad es el estado absoluto de estar fuera de comunión, bajo el control de la naturaleza pecaminosa. Nosotros no podemos ser parcialmente espirituales y parcialmente carnales. La espiritualidad y la carnalidad son mutuamente exclusivas.

Cada vez que decidimos pecar nos trasladamos fuera del círculo inferior perdiendo así la comunión temporal. Cuando pecamos nos convertimos en cristianos carnales; cuando nos confesamos nos convertimos en cristianos espirituales. Al admitir nuestros pecados a Dios Padre nosotros regresamos al círculo inferior. Así como que en baloncesto nosotros recuperamos la habilidad de poder hacer puntos y ganar cuando rebotamos el balón. En la vida espiritual nosotros regresamos al círculo de comunión temporal con la confesión.



¿LO ESCANDALIZA LA CARNALIDAD?

Primera de Corintios 3:1–3 confirma la existencia de la carnalidad entre los creyentes. Recuerde, las personas más maravillosas en este mundo son cristianas, pero algunos cristianos pueden ser despreciables. ¿Cómo puede ser esto? El problema es la carnalidad.

Cuando un cristiano permanece consistentemente bajo el control del Espíritu Santo, creciendo hacia la madurez espiritual, exhibe el fruto del Espíritu.

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio; contra tales cosas no hay ley (Gál. 5:22–23).

Sin embargo, un cristiano que habitualmente permanece bajo el control de la naturaleza pecaminosa, en carnalidad, comete pecados destructivos, mentales, verbales y evidentes. Si usted no admite la existencia de la carnalidad entre cristianos, usted nunca entenderá la necesidad de la confesión del pecado. Usted se semejará a los creyentes de Corintio, los cuales no podían progresar espiritualmente.

Así que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales [llenos del Espíritu], sino como a carnales, como a niños [νήπιος, *nepios*] en Cristo (1 Co. 3:1).

Estos corintios son creyentes. «Hermanos» se refiere a cualquiera que acepta a Jesucristo como su Salvador y nace dentro de la familia de Dios (Ju. 1:12). A pesar de que Pablo los reprende por su carnalidad, él declara la posición de ellos «en Cristo.»

Debido a que estos creyentes no son espirituales, Pablo se ve incapaz de hablarles o de enseñarles. Si ellos hubieran estado llenos del Espíritu Santo ellos hubieran podido aprender y crecer con la doctrina que Pablo enseñaba. Desafortunadamente, ellos no eran espirituales y por consiguiente no podían avanzar más allá de las doctrinas básicas que habían aprendido. Ellos son «hombres de la carne,» cristianos carnales fuera de comunión con Dios con una vida espiritual estancada. Aunque estos corintios están salvados ellos están en estado de carnalidad, causando estragos en la iglesia.

Si usted ha observado a un creyente carnal y se ha preguntado: ¿Cómo puede ser cristiano? Usted ha basado su juicio en apariencias superficiales.

«Pues Dios ve no como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón» (1 Sa. 16:7b).

El comportamiento externo no es el asunto en la salvación. Solamente la fe y sólo en Cristo es el único asunto en la salvación (Efe. 2:8-9). A medida que madura, sin embargo, usted descubrirá que la Biblia hace distinción entre la carnalidad y la espiritualidad.

Pablo prácticamente insulta a los corintios llamándolos «niños.» El nombre griego *nepios* aquí no se refiere a un recién nacido, sino que se utiliza peyorativamente como señal de desdén hacia el creyente ignorante o sin entrenar. Pablo les recuerda que son ignorantes de la

vida cristiana porque su crecimiento ha sido impedido por la carnalidad.

La confesión es la primera doctrina que un creyente nuevo tiene que aprender para poder progresar espiritualmente. Brevemente después de la salvación un creyente nuevo pecará y perderá la comunión con Dios. A menos de que recupere la plenitud del Espíritu Santo él no podrá avanzar en la vida cristiana. Él no puede aprender o aplicar doctrina en su vida. Tal era la situación en Corintio.

Os di a beber leche [doctrina básica], no alimento sólido [doctrina avanzada], porque todavía no podíais recibirlo. En verdad, ni aun ahora podéis (1 Co. 3:2).

Al igual que Pablo la responsabilidad del profesor-pastor es la de suministrar nutrición espiritual. Pero Pablo sólo les podía dar «leche,» doctrina básica, en vez de la comida sólida de doctrina avanzada. La carnalidad deterioraba sus habilidades de aprender y aplicar aún las verdades más básicas de la palabra de Dios.

¿ESTÁ COMPLETA SU LISTA?

Porque todavía sois carnales. Pues habiendo celos y contiendas entre vosotros, ¿no sois carnales y andáis como hombres [imitando incrédulos]? (1 Co. 3:3).

Algunos creyentes convenientemente enfocan en unos cuantos pecados evidentes e ignoran miríadas de pecados mentales y verbales. Su lista de pecados es superficial e incompleta. Cualquier pecado expulsa al creyente del círculo inferior. Pecado es pecado y todo pecado resulta en carnalidad.

La carnalidad de los creyentes de Corintio comenzó con el pecado de actitud mental de celos. Los celos viciosos y desenfrenados entre estos creyentes engendraron el pecado de la «contienda.» Esta contienda era ambición y competencia desmedida motivada por celos no confesados.

Por ejemplo, una persona puede aspirar a ser aprobada y reconocida en una iglesia local. Cuando ésta escucha elogios para otros, los pecados de actitud mental de envidia y de competencia son despertados. Para satisfacer su deseo de aprobación ésta tiene que desviar la

atención a sí misma. Con una insinuación maliciosa esta persona calumnia la reputación de su rival. El rival reacciona. La situación se deteriora mientras que ambos caen en los pecados de la lengua, calumnias y chismes del uno al otro. A menos de que se apague por medio de la confesión y del crecimiento espiritual, la contienda llega a ser divisiva en la iglesia.

«Andáis como hombres» se refiere a la motivación de los incrédulos. Los creyentes carnales son indistinguibles de los incrédulos porque ambos son controlados por la naturaleza pecaminosa. Los cristianos carnales se continúan degenerando porque ellos dejan de confesarse. Los creyentes son capaces de cometer cualquier pecado y hasta pueden permanecer en carnalidad por un período indefinido de tiempo.

Sin embargo, no existe ninguna excusa para que un cristiano permanezca en estado de carnalidad. Esta es la razón por la cual debemos entender lo que es la confesión antes de que podamos mantener la espiritualidad. Nadie puede ser espiritual si no se confiesa.

Usted podrá ser un pecador miserable y despreciable. Pero usted puede recuperarse basado en la provisión bondadosa de Dios de la confesión. Dios perdona hasta el creyente más extraordinariamente inicuo. Si usted comete un pecado atroz que a usted mismo lo estremece, recuerde esto: Si aún está vivo, ¡Dios todavía tiene un propósito para su vida!

LOS PECADOS EN LA LISTA DE DIOS

Seis cosas hay que odia el Señor, y siete son abominación para Él (Pro. 6:16).

Dios detesta todos los pecados, pero siete son de particular magnitud. ¿Está listo para una sorpresa? ¡Cinco de estos siete pecados no son evidentes! De los siete pecados nombrados en la lista de Dios, dos son de actitud mental, tres son verbales, y sólo dos son evidentes. Recuerde estos versículos cuando usted tenga la tentación de ignorar los pecados mentales y verbales y enfocar sólo en los evidentes.

Ojos soberbios, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente (Pro. 6:17).

«Ojos soberbios» representan la actitud mental de arrogancia, una presunción de superioridad, autoabsorción, autocentrismo y orgullo desmedido. La arrogancia es la raíz del pecado que conduce a otros pecados. Los cristianos que creen que ellos son supremamente espirituales son arrogantes. Ellos definen sus propias normas morales y creen que ellos viven según las mismas. Debido a que evitan ciertos pecados evidentes se convencen que son espiritualmente superiores. No lo son. La arrogancia destruye la comunión con Dios, daña el alma y enajena a las personas.

El próximo pecado, una «lengua mentirosa» es un atentado arrogante a fabricar la verdad y escapar la responsabilidad o distorsionar la realidad engañando a otros. Como todos los pecados de la lengua, mentir es motivado por los pecados de actitud mental como la arrogancia, la preocupación, o el miedo.

Las «manos que derraman sangre inocente» es el homicidio. Los cristianos pueden y cometen homicidio. El homicida se desliza por su camino a través de una senda de pecados de actitud mental, incluyendo la ira, los celos, el odio, las amarguras, y la venganza los cuales culminan en el asesinato.

Un corazón que maquina planes perversos, pies que corren rápidamente hacia el mal (Pro. 6:18).

¿Trama usted diferentes formas de desquitarse con las personas que lo han herido? «Un corazón que maquina planes perversos» es la actitud mental del pecado de venganza. Los «Pies que corren rápidamente hacia el mal» describen a aquellos que siguen las lujurias de su naturaleza pecaminosa hacia toda clase de perversidades. Estos creyentes carnales carecen de dominio propio y de autodisciplina, gozándose en la falsedad, en el engaño y la maleficencia.

Un testigo falso que dice mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos (Pro. 6:19).

«Un testigo falso que dice mentiras» se perjura deliberadamente a sí mismo, en contraste con la persona con una lengua mentirosa. El testigo falso con intenciones maliciosas entra en calumnia y difamación bajo juramento.

Finalmente, «el que siembra discordia entre hermanos» nos recuerda de las divisiones en Corintio, una situación común en muchas iglesias

locales hoy en día. Un grupo compite por el poder sobre otro grupo mediante las indirectas, los chismes y las mentiras para dañar la reputación de sus rivales.

Estos versículos deben de disipar nuestra visión superficial del pecado. Trágicamente nosotros restringimos nuestro entendimiento del pecado a unos pocos pecados indiscutiblemente obvios o a tabúes. Tal distinción no existe con Dios. Algunas de las peores repercusiones acompañan a los pecados de actitud mental y a los verbales. Para evitar la carnalidad, los pecados en cadena, y la disciplina divina nosotros tenemos que aprender la provisión de Dios para recuperar la plenitud o llenura del Espíritu Santo.

LOS DOS MINISTERIOS DISTINTOS DEL ESPÍRITU SANTO

En el momento de la salvación todo creyente es tanto habitado como lleno del Espíritu Santo. Estos dos ministerios no son idénticos y nunca deben de ser confundidos. La habitación del Espíritu Santo es una *relación permanente*, sin tomar en cuenta nuestra carnalidad o espiritualidad. La plenitud del Espíritu Santo es una *comunión temporal* determinada por nuestra carnalidad o espiritualidad.

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita [οἰκέω, *oikeo*] en vosotros? (1 Co. 3:16).

En el modo indicativo el verbo griego *oikeo*, habitar, es una declaración de una realidad, la certeza del estado de habitar. El Espíritu Santo habita en el cuerpo de todo creyente para hacer un templo para la residencia de Jesucristo (1 Co. 6:19).¹⁰ Este habitar del Espíritu

10. Durante la época de Israel, Jesucristo preencarnado conocido como la gloria de Shekiná habitaba en el tabernáculo o el Templo (Exo. 25:21–22; Lev. 26:11–12; Sal. 91:1; Heb. 9:5). La gloria de Shekiná aparecía como una nube por el día o un pilar de fuego por la noche, también como una luz brillante sobre el arca del pacto. La presencia de la gloria de Shekiná garantizaba la promesa de Dios de bendiciones tanto temporales como eternas a Israel.

En la época presente de la Iglesia el Espíritu Santo crea un templo en el cuerpo del creyente para Cristo que nos habita como la gloria de Shekiná. Esto es la garantía de la bendición de Dios para nosotros en el tiempo y para la eternidad (Ju. 14:19–20; 16:7; 17:22–23; Rom. 8:10; 1 Co. 3:16; 6:19; 2 Co. 3:17–18).

Santo en nosotros nunca se puede perder. El habitar es permanente —depende en la fidelidad de Dios; la llenura o plenitud es temporal— depende en nuestro libre albedrío.

Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución, sino sed llenos [πληρώω, *pleroo*] del Espíritu (Efe. 5:18).

En el modo imperativo el verbo griego *pleroo* designa un mandato divino, una orden que incluye nuestra elección. Dios no mandaría un estado que ya poseemos. Nosotros debemos elegir ser o no ser llenos del Espíritu.

Pleroo quiere decir «llenar una deficiencia, influenciar completamente, llenar con cierta cualidad.» Ningún creyente tiene la habilidad de obedecer a los mandatos de Dios por medio del poder humano. El Espíritu Santo llena esta deficiencia dándonos el poder para vivir la vida cristiana. Pero ¿por qué es necesario este mandato si nosotros somos llenos del Espíritu Santo en el momento de nuestra salvación?

La razón es nuestro viejo castigo, la naturaleza pecaminosa. La plenitud del Espíritu se pierde cuando pecamos. En carnalidad ya no somos controlados por el Espíritu Santo, sino por la naturaleza pecaminosa. ¿Cómo podemos escapar de este control?

¡CONFESÁNDONOS!

El rebote del pecado es sólo para el creyente. Si usted no ha aceptado a Cristo como su Salvador, la confesión no le va a ayudar en lo más mínimo. El incrédulo puede confesar sus pecados, apenarse por ellos, y aún hacer restitución por ellos; sin embargo, si no cree en Cristo, está en vano su confesión.

Como creyente usted no tiene excusa para así permitir que el pecado destruya su vida espiritual. ¡Confiésese y siga su marcha!

Si confesamos [ὁμολογέω, *homologeō*, “nombrar”] nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos [cancelar] los pecados y para limpiarnos [purificarnos] de toda maldad (1 Ju. 1:9).

La palabra «si» traduce una cláusula condicional de tercera clase en el griego.¹¹ El cumplimiento de esta condición depende de su albedrío: quizás se confiesa, quizás no. Cada uno de nosotros tenemos que decidir como ejercitar esa opción.

La palabra griega *homologeó*, traducida confesar, quiere decir «nombrar, citar, admitir, reconocer.» El verbo era usado primordialmente en un contexto judicial para «confesar un crimen en la corte, hacer una declaración legal.» Primera de Juan 1:9 no es una excepción. La palabra simplemente quiere decir reconocer o nombrar sus pecados a Dios.¹² *Homologeó* no quiere decir sentirse arrepentido por los pecados, renunciar a los pecados públicamente o sufrir con una consciencia de culpabilidad; no contiene una connotación emocional.

Ante la Corte Suprema del Cielo, no tiene importancia como se sienta usted acerca de sus pecados. Ni las obras humanas ni las emociones se pueden añadir al pago completo de Jesucristo por los pecados en la cruz. Aun cuando sienta verdaderos sentimientos de remordimiento cuando se confiesa, éstos no tienen nada que ver con el perdón de Dios. Usted sólo necesita nombrar sus pecados a Dios.

La confesión que impone el reproche a sí mismo o la penitencia es una blasfemia y rechaza la gracia de Dios. Nunca insulte a Dios añadiendo una súplica emocional para ser perdonado. Primera de Juan 1:9 no dice, si pedimos o suplicamos el perdón. Sólo reconozca sus pecados.

Confíesese Sólo Con Dios

No hay requisito bíblico de limpieza ritual o de frases litúrgicas repetitivas que se deban hacer a un sacerdote, a un pastor, o a algún

11. El idioma griego expresa las cláusulas condicionales de cuatro maneras diferentes:

(1) La condición de primera clase asume la realidad de la premisa: «Sí, y se asume que es verdad;»

(2) La condición de segunda clase asume que la premisa es contraria al hecho: «Si lo hicieras, pero no lo vas a hacer;»

(3) La condición de tercera clase expresa una condición futura incierta pero más probable y pone énfasis en el albedrío del individuo: «Tal vez lo harás, tal vez no;»

(4) La condición de cuarta clase expresa la condición futura menos probable: «Quisiera que fuese así, pero no es.»

Véase H.E. Dana y Julius R. Mantey, *A Manual Grammar of the Greek New Testament* (New York: The Macmillan Company, 1955), 289–290.

12. La referencia a Jesús como nuestro defensor o abogado defensor (1 Ju. 2:1) demuestra el contexto judicial de 1 Juan 1:9.

otro miembro del clérigo. En el momento de la salvación usted se convierte en un sacerdote real con el privilegio de representarse directamente ante Dios tanto en la oración como en la confesión (1 Pe. 2:5, 9). En la confesión sus pecados son asunto suyo y de nadie más y deben de ser nombrados a Dios Padre en privado. Solamente Él puede perdonarlos.

Las declaraciones públicas del pecado, además de ser superfluas a la confesión, pueden inducir pecados de actitud mental en otras personas. Tales resultados dañinos ocurren en casos donde la admisión pública de pecados abre de nuevo la herida de la persona perjudicada, embrollando a personas anteriormente no envueltas, o revela un pecado particularmente odioso y ofensivo a otros.

David, el Rey de Israel, cometió pecados monstruosos con resultados prolongados y devastadores. A pesar de que muchas personas sufrieron, él se confesó solamente con Dios, «contra ti, contra ti sólo he pecado» (Sal. 51:4a).

Disculparse con alguien a quien haya herido siempre es apropiado y debe ser motivado por un deseo genuino de restaurar la armonía de la relación, no para calmar sentimientos de culpabilidad. Cuando usted se disculpe, hágalo en privado *después* de haber recuperado la comunión con Dios a través de la confesión.

Perdón Sólo por la Gracia

El perdón divino depende solamente del carácter perfecto de Dios: «Él es fiel y justo.» «Fiel» pone énfasis en la consistencia de Dios en perdonar a todo creyente que admite a El su pecado. Dios no puede dejar de cumplir su promesa. Su gracia nunca falla. El nunca se cansa de nuestra confesión repetitiva. El nunca dice: Esta vez no lo mereces. ¡Nosotros nunca nos merecemos el perdón, pero El siempre nos perdona!

«Justo» describe la fuente del perdón. La santidad o integridad de Dios está compuesta de rectitud y justicia. Su rectitud perfecta es la única norma que su justicia puede aceptar. La rectitud y la justicia de Dios no pueden ser comprometidas. El no puede aceptar nuestra penitencia, sentimientos de culpabilidad, reacciones emocionales o las obras humanas. Sólo la obra salvadora de Dios el Hijo en la cruz puede satisfacer o propiciar la integridad de Dios el Padre.

Los próximos dos verbos, «perdonar» y «limpiar,» describen los resultados de la confesión. El verbo griego ἀφίημι (*aphiemi*) quiere decir «perdonar, cancelar.» En el instante que admitimos nuestros pecados conocidos a Dios, Él cancela esos pecados y la repercusión inicial de la pérdida de comunión. Si quedan algunas repercusiones relacionadas a la disciplina divina, éstas son transformadas de sufrimiento para disciplina a sufrimiento para bendición. Ahora, lleno del Espíritu, el creyente puede aplicar la doctrina bíblica a su sufrimiento y así avanzar hacia la madurez espiritual.¹³

¿Qué sucede con los pecados que cometemos que hemos olvidado o que no sabemos que son pecados? Él nos limpia «de toda maldad.» El verbo griego καθαρίζω (*katharizo*) quiere decir «limpiar, remover con el propósito de purificar, de ahí, purificar» y aplica a todos los pecados. Los pecados conocidos generalmente son acompañados por pecados desconocidos. Cuando nosotros admitimos los pecados conocidos a Dios, Él nos perdona y nos purifica de *todas* nuestras maldades, incluyendo los pecados desconocidos y olvidados.

El Hijo Pródigo

Jesús ilustra el extraordinario perdón de Dios en la parábola del hijo pródigo (Luc. 15:11–32).¹⁴ La narrativa se desarrolla alrededor de las acciones de tres personajes: El padre, el hermano mayor y el hijo menor. El hijo menor representa al creyente que peca continuamente y se revuelca en la carnalidad. Sus pecados lo enajenan de su padre, el cual representa a Dios Padre.

Tomando su parte de la herencia, el hijo pródigo sale de su casa y se retira a un país lejano. Su continuo libertinaje y su extravagancia arruinan su vida —las consecuencias de la carnalidad. Se convierte en un mendigo, viviendo entre cerdos. Habiendo llegado al final de sus propios recursos se da cuenta de lo miserable que ha llegado a ser y decide regresar a su padre.

13. Thieme, *Christian Suffering* (2002), 32–61.

14. Una parábola es una narración corta, ficticia que ilustra un principio de doctrina. Pródigo describe a una persona temeraria y malgastadora. Véase Thieme, *The Prodigal Son* (2001).

«Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti” (Luc. 15:18).

Esta es la oración de confesión del hijo menor, pero la próxima declaración revela su confusión acerca del perdón.

“Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores.”» (Luc. 15:19).

Debido a su irresponsable degeneración, el hijo pródigo se convence a sí mismo que su padre ya no lo ama o lo considera hijo suyo. El piensa que su padre estaría más inclinado a perdonarlo si le ofreciera penitencias por sus pecados a través de la abnegación o culpabilidad. Él estaba equivocado. El perdón está basado en el carácter del padre. Frecuentemente los cristianos cometen el mismo error concerniente al perdón de Dios.

Cuando el hijo regresó a su casa él se quedó atónito por el amor, la compasión y el perdón de su padre.

Y levantándose, fue a su padre. Y cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio, y sintió compasión por él, y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó (Luc. 15:20).

Este versículo describe vívidamente como la esencia de Dios actúa para perdonarnos. La omnisciencia de Dios supo cada pecado que nosotros cometeríamos. Él también anticipó cada confesión. La rectitud y la justicia de Dios nos asegura el perdón por medio del pago de Cristo por esos pecados. El amor de Dios queda libre para fluir hacia nosotros debido a ese pago. Su amor garantiza la compasión por nosotros cuando nos confesamos.

Cuando nombramos nuestros pecados a Dios es como si el Padre corriera hacia nosotros, echara sus brazos abrazándonos y dándonos la bienvenida con un beso. Nuestros pecados perdonados no afectan más nuestra comunión con Dios. ¡Eso es la gracia de Dios!

A menudo aquellos con tendencias legalistas se disgustan porque ellos piensan que la confesión es una licencia para pecar. Algunos creyentes que fallan puede que utilicen la confesión exactamente con ese propósito. Pero la confesión restaura al creyente a la posición en la cual puede vivir su vida espiritual y servir a Dios, y no excusa o racionaliza el pecado. Ningún creyente puede estar en el plan de Dios apartado del poder divino el cual viene solamente a través de la

plenitud o llenura del Espíritu Santo. La confesión es la única manera que hay para recobrar el pecado y de nuevo recuperar la plenitud del Espíritu Santo.¹⁵

¿Qué Sucede Después de la Confesión?

Después de *haber nombrado* sus pecados a Dios, deben seguir tres pasos más: *Aíse sus pecados, olvide sus pecados, y siga su marcha.*¹⁶ Estos pasos previenen la carnalidad continua causada por el pecar en cadena.



QUATRO PASOS

Aíse Sus Pecados.

Mirad bien de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios; de que ninguna raíz de amargura, brotando, cause dificultades y por ella muchos sean contaminados (Heb. 12:15).

La raíz es la base o fundación de una planta que absorbe nutritivos de la tierra para suplir alimento a la planta. Cuando su alma está arraigada en «amarguras,» una devastadora cadena de pecados—mentales,

15. El principio de la confesión se encuentra en Neh. 1:6; Sal. 32:5; 38:18; 51:3-4; Pro. 28:13; Dan. 9:4; 1 Co. 11:31; 1 Pe. 4:17.

16. Thieme, *Isolation of Sin*.

verbales y evidentes— brota. Las amarguras maduran en ira, odios, o venganzas, la fundación natural para el chisme, la difamación, la violencia, y hasta el asesinato. Sin embargo, no debe usted permitir que la memoria de un agravio pasado o de un pecado ya perdonado genere nuevos pecados. Los pecados pasados deben ser aislados del presente para romper esta reacción en cadena.

Olvide Sus Pecados y Siga Su Marcha.

Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante (Fil. 3:13).

Antes de su salvación en el camino a Damasco el apóstol Pablo era infame por su cruzada de autorectitud para exterminar a los cristianos (Fil. 3:6). Aunque Dios había perdonado estos horribles pecados, la memoria de culpabilidad hubiera podido lisiar la vida espiritual de Pablo, pero él aisló y olvidó sus pecados pasados y enfocó en su presente meta de madurez espiritual.

Una vez que el pecado es confesado usted tiene que olvidar como Dios ha olvidado (Sal. 103:12; Isa. 43:25). Puede ser que alguien lo haya ofendido. Usted reaccionó con resentimiento y con ira, pecados que después confesó. Dios perdonó y olvidó esos pecados. Pero su error de no olvidar estos pecados puede conducirle a odios ardientes y a tener sed de venganza. Estos pecados mentales pueden encenderse rápidamente y tornarse en pecados verbales y evidentes a menos que usted se confiese, aisle el pecado, y ponga el pecado en el pasado donde pertenece. Sólo entonces podrá continuar su marcha hacia la madurez en la vida cristiana.

Prosigo hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3:14).

ENJUICIAMIENTO PROPIO O DISCIPLINA DIVINA

Siempre que pecamos estamos sujetos a la disciplina.

«Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (Heb. 12:6).

Podemos optar por juzgarnos a nosotros mismos o por la disciplina divina. Omitir la confesión sumerge al creyente en la disciplina divina.

El apóstol Pablo advierte específicamente a los corintios sobre este principio en un pasaje acerca de la cena del Señor (1 Co. 11:28–32). Antes de compartir los elementos de la cena, el creyente debe «examinarse» o «juzgarse» a sí mismo, sinónimo de la confesión.

Por tanto, cada uno examínese a sí mismo [confesión], y entonces coma del pan y beba de la copa (1 Co. 11:28).

Cada creyente tiene el derecho de compartir los elementos de la cena del Señor, pero a cada creyente se le advierte de no comer o beber los elementos sin haber confesado sus pecados.

Porque el que come y bebe sin discernir correctamente el cuerpo {del Señor}, come y bebe juicio para sí [disciplina divina] (1 Co. 11:29).

Por esta razón hay muchos débiles y enfermos entre vosotros [disciplina intensa], y algunos duermen [muerte bajo disciplina] (1 Co. 11:30).

Pero si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados [disciplina divina] (1 Co. 11:31).

Pero cuando somos juzgados, el Señor nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo (1 Co. 11:32).

El «si» en el versículo 31, una condición de segunda clase, indica que los creyentes de Corintio debían haber estado juzgándose a sí mismos, pero no lo hacían. Como resultado la disciplina divina que vino devastó a la congregación. Tres categorías de disciplina causadas por las dolencias espirituales afligían a los corintios carnales (1 Co. 11:30):

1. «Débiles» —enfermedades que básicamente no son orgánicas de naturaleza. Estas pueden incluir la pérdida de energía y fuerza, motivación, hasta depresión. Esta categoría es *disciplina en advertencia* para incitar al creyente a la confesión.
2. «Enfermos» —incluye enfermedades (físicas) orgánicas definidas, hasta el punto de llegar a ser un invalido. Esta *disciplina intensa* está diseñada para sacudir al creyente rebelde para que salga de la carnalidad.

3. «Duermen» —la palabra griega κοιμάω (*koimao*), usada figurativamente para la muerte física sólo de los creyentes (1 Te. 4:14). Si un creyente permanece tercamente en la carnalidad el Señor puede terminar su vida prematuramente a través de la *muerte bajo disciplina* o el «pecado que lleva a la muerte» (1 Ju. 5:16a).

La alternativa a la disciplina de Dios es juzgarse a sí mismo. Después de la confesión y la restauración a la comunión, Dios ejercita una de tres opciones a favor nuestro. Primero, El puede eliminar todo el sufrimiento disciplinario (1 Co. 11:31). Segundo, el sufrimiento disciplinario puede ser disminuido y transformado a bendición. Tercero, el sufrimiento disciplinario puede continuar con la misma intensidad, pero está diseñado para mayores bendiciones.¹⁷

Mientras más tiempo permanezca el creyente fuera de comunión, más intensa se torna la disciplina. La carnalidad prolongada puede resultar en una disciplina tan severa que algunos llegan a convencerse que nunca estuvieron salvados. Este creyente llega a ser inútil en relación al plan de Dios para su vida. La única solución es explotar la gracia de Dios a través de 1 Juan 1:9 y *seguir la marcha*.

LA CONFESIÓN PARA EL AVANCE ESPIRITUAL

¿Qué se puede esperar cuando un creyente vive sin utilizar la confesión por un período prolongado de tiempo? ¡El hijo pródigo! Semejante al hijo pródigo en el Nuevo Testamento, el patrón del pecado, la disciplina, la confesión, la restauración y la bendición se puede observar en las vidas de los creyentes del Antiguo Testamento.

Por tanto, puesto que tenemos en derredor nuestro tan gran nube de testigos, despojémonos también de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos envuelve, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante (Heb. 12:1).

La gran «nube de testigos» son los héroes espirituales sobresalientes del Antiguo Testamento, la lista de la «sala de fama» de Hebreos

17. Thieme, *Christian Suffering*.

capítulo 11. Ellos no eran perfectos; no eran «santísimos»; no eran libres de pecado. Cuando fallaban utilizaban la confesión dada por la gracia de Dios. Nosotros, también, tenemos que «despojarnos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos envuelve.» Los héroes del Antiguo Testamento ejemplifican para nosotros la necesidad de la confesión para poder avanzar espiritualmente.

DAVID: FRACASO Y RECUPERACIÓN

David, el Gigante Espiritual

Una ilustración vívida del pecado, la disciplina, la confesión y la bendición en el Antiguo Testamento ocurre en 2 Samuel 11. El héroe es David, el Rey de Israel, uno de los creyentes más altamente respetados en la historia. Las Escrituras lo aclaman como un «hombre conforme a su corazón [de Dios]» (1 Sa. 13:14; Hec. 13:22). Sin embargo, como cualquier otro creyente, David le falló miserablemente al Señor.

El episodio comienza con David en comunión. Esto cambia rápidamente. Los resultados son trágicos.

Aconteció que en la primavera, en el tiempo cuando los reyes salen a la batalla, David envió a Joab y con él a sus siervos y a todo Israel, y destruyeron a los hijos de Amón y sitiaron a Rabá. Pero David permaneció en Jerusalén (2 Sa. 11:1).

En el cercano oriente antiguo los ejércitos se retiraban tradicionalmente durante otoño e invierno y después se reunían para conducir sus campañas en el tiempo favorable de primavera y verano. El año previo Israel había derrotado a los amonitas, pero hacia el fin del verano no habían logrado capturar a Rabá, la capital amonita. Con la venida de la primavera el ejército de Israel se movilizó y se desplegó para reanudar el asedio de Rabá.

David, el Gigante Carnal

Como monarca, David era responsable de guiar a sus tropas en el campo de batalla. El Espíritu Santo cuidadosamente nos indica: «En el

tiempo cuando los *reyes* salen a la batalla.» El deseo de Dios era que David guiara a sus tropas en Rabá. En lugar de eso, David mandó a Joab, su comandante de estado mayor, y su servidumbre.

Previamente, David había guiado todas las campañas militares, pero ahora se «quedó en Jerusalén.» La falta de cumplimiento de su deber puso a David fuera de la voluntad geográfica de Dios y en carnalidad. Ahora David era un creyente espiritualmente maduro fuera de comunión.

Por estar en el lugar erróneo David encontró la tentación donde él era más vulnerable. David tenía muchas virtudes impresionantes: Él exhibió valentía excepcional en el combate con Goliat, liderazgo brillante de la nación y humildad verídica hacia Dios. Pero sus virtudes fueron neutralizadas por la carnalidad. Su debilidad por las mujeres llegó a ser su caída.

Y al atardecer David se levantó de su lecho y se paseaba por el terrado de la casa del rey, y desde el terrado vio a una mujer que se estaba bañando; y la mujer era de aspecto muy hermoso (2 Sa. 11:2).

David tenía muy poco que hacer en Jerusalén, puesto que su responsabilidad era estar con su ejército en Rabá. Aparentemente dormía la mayor parte del día. Cuando despertó en el atardecer estaba aburrido. Así pues, decidió pasearse por el jardín del palacio. En el mundo antiguo, los jardines no se encontraban en la planta baja, sino en el techo. Durante su paseo, vio a una mujer extremadamente hermosa bañándose. De repente David ya no se sintió aburrido. Encontró este panorama más estimulante que su jardín.

Si David hubiera estado en comunión cuando él vio a esta preciosa mujer, hubiera podido resistir la tentación. Después de todo, él tenía tres esposas y por lo menos diez concubinas. Ver a una mujer tan hermosa no era un evento raro en su vida.

Pero David estaba fuera de comunión. Cualquier creyente que esté fuera de comunión encuentra la tentación irresistible, especialmente en el área de su debilidad.

Si su debilidad es el celo, la amargura, la envidia, el chisme o el calumniar a otros será más difícil resistir la tentación de pecar en estas áreas. Esta exquisita mujer apeló a la debilidad de David. Ser tentado en su área de debilidad cuando usted está en comunión es una cosa;

ser tentado en su área de debilidad cuando usted está fuera de comunión puede ser otra cosa totalmente diferente.

David mandó a preguntar acerca de aquella mujer. Y alguien dijo: ¿No es ésta Betsabé, hija de Eliam, mujer de Urías heteo? (2 Sa. 11:3).

David ordenó a sus ayudantes a investigar la identidad de aquella mujer. Ellos descubrieron que era la mujer de uno de los comandantes de David. Urías, al contrario de David, estaba donde debía de estar —en Rabá con el ejército de Israel.

David envió mensajeros y la tomó; y cuando ella vino a él, él durmió con ella. Después que ella se purificó de su inmundicia, regresó a su casa. Y la mujer concibió; y envió aviso a David, diciendo: Estoy encinta (2 Sa. 11:4–5).

David encontró la manera de curar su aburrimiento —el adulterio. Si David hubiera sido un cristiano hoy en día, algunos de sus amigos hubieran podido decir, David realmente nunca fue un cristiano. Hubieran estado equivocados. David estaba salvado y está en el cielo hoy día. Él fue un creyente más que cayó en la trampa de la carnalidad. Sus pecados de actitud mental se tornaron evidentes.

Un creyente fuera de comunión es capaz de cometer pecados tan despreciables como un incrédulo. Esto no implica que David era peor que los incrédulos. Las Escrituras no clasifican el adulterio como un pecado más depravado que otros pecados. Los pecados de la lengua —asesinato del carácter— también destruyen muchas personas, al igual que el adulterio daña a más de las dos personas involucradas. Todos los pecados sacan al creyente de la comunión con Dios, y pueden iniciar una serie desastrosa de pecados. David iba a comenzar una serie de pecados que impactaría a todo su reino.

Los Planes de David

Entonces David envió a Joab, *diciendo*: Envíame a Urías heteo. Y Joab envió a Urías a David. Cuando Urías vino a él, David le preguntó por Joab, por el pueblo y por el estado de la guerra (2 Sa. 11:6–7).

Cuando interrogó a Urías, David fingió su preocupación por la situación en el campo de batalla. David no estaba nada interesado en el asedio de Rabá. En lugar de eso él tramó ocultar su seducción de Betsabé. David confeccionó un plan hábil para atraer a Urías a su propia casa para que estuviera con su mujer porque él tenía la esperanza de escapar la culpabilidad de su preñez. La apariencia de virtud de David cuando inquirió acerca del ejército no era nada más que hipocresía y subterfugio.

La hipocresía es una característica común de la carnalidad. Un creyente fuera de comunión frecuentemente trata de ocultar o negar su pecado. Con cada pecado progresivo David era transformado de un gigante espiritual a un hipócrita carnal.

Después dijo David a Urías: Desciende a tu casa, y lava tus pies. Salió Urías de la casa del rey, y tras él fue enviado un obsequio del rey (2 Sa. 11:8).

«Lava tus pies» es un modismo hebreo que significa «entra a la casa.» En el tiempo de David, las calles de Jerusalén eran tan polvorientas que cada casa tenía un lavapies en la puerta. Antes de entrar a su casa el hombre se quitaba las sandalias y se lavaba los pies. Cuando un invitado tocaba la puerta, en vez de decirle, adelante, la respuesta era, lava tus pies.

Pero Urías durmió a la entrada de la casa del rey con todos los siervos de su señor, y no bajó a su casa (2 Sa. 11:9).

Urías no condescendió con los deseos de David, frustrando su plan. En vez de eso «durmió a la entrada de la casa del rey.» La puerta de la casa del rey no se refiere al palacio de David, sino a la casa de guardia cerca de la puerta del rey. Ubicadas ahí estaban las barracas especiales para el alojamiento de la guardia real. En vez de ir a su casa y pasar la noche con su esposa, Urías se mudó a las barracas de la casa de guardias con la guardia real. Urías era un soldado responsable que no disfrutaría de los placeres del hogar mientras que el ejército estuviera en el campo.

Cuando se lo contaron a David, diciendo: Urías no bajó a su casa, David dijo a Urías: ¿No has venido de hacer un viaje? ¿Por qué no bajaste a tu casa? Y Urías respondió a

David: El arca, Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab y los siervos de mi señor acampan a campo abierto. ¿He de ir yo a mi casa para comer, beber y acostarme con mi mujer? Por tu vida y la vida de tu alma, que no haré tal cosa (2 Sa. 11:10–11).

Seguramente David se frustró cuando escuchó esta respuesta. Toda su vida David había demostrado un gran sentido de responsabilidad, así que la lealtad de Urías y su preocupación por las tropas deberían de haber despertado la conciencia de David. Mientras las tropas estaban sufriendo en el campo de la batalla, David estaba disfrutando de los placeres del palacio. Si David hubiera estado en comunión con el Señor hubiera salido con Urías de inmediato para Rabá. Pero, qué es lo que hace más que otro intento para mandarle a Urías a su casa.

Entonces David dijo a Urías: Quédate aquí hoy también, y mañana te dejaré ir. Y se quedó Urías en Jerusalén aquel día y el siguiente. Y David lo convidó a comer y a beber con él, y lo embriagó. Al anochecer *Urías* salió a acostarse en su cama con los siervos de su señor, pero no descendió a su casa. (2 Sa. 11:12–13).

David emborrachó a Urías.¹⁸ David esperaba que una vez que las inhibiciones de Urías se derrumbaran, él iría a acostarse con su mujer. David exhibió todas las destrezas manipulativas que caracterizan al hipócrita carnal, frenético por escapar las consecuencias de sus malas decisiones. El ingenio cruel de David había llegado a una nueva bajeza. Algunas de las personas que más fingen son creyentes fuera de comunión.

¿Tuvieron éxito sus manipulaciones? Bajo la insistencia de David Urías sí se emborrachó. Pero a pesar de la tentación, Urías mantuvo sus normas militares de integridad.

Y aconteció a la mañana siguiente que David escribió una carta a Joab, y la envió por mano de Urías (2 Sa. 11:14).

David estaba desesperado. La única solución a su dilema parecía ser la muerte de Urías. Para lograr ese acto malvado David le escribió una carta a Joab. No sólo sería David culpable de asesinato, además

18. Thieme, *Daniel Chapters One through Six* (1996), 206–11.

haría a Joab cómplice del crimen. David sabía que un oficial con la integridad de Urías nunca abriría la carta.

En la carta había escrito: Poned a Urías al frente de la batalla más reñida y retiraos de él, para que sea herido y muera (2 Sa. 11:15).

Joab entendió los deseos de su generalísimo. La orden estaba clara: Avanzar sobre Rabá con Urías a la cabeza, luego retirarse, dejando a Urías aislado y desamparado frente al enemigo.

Así que cuando Joab asediaba la ciudad, puso a Urías en el lugar donde sabía que había hombres valientes. Y los hombres de la ciudad salieron y pelearon contra Joab, y algunos de los siervos de David cayeron, y murió también Urías heteo (2 Sa. 11:16–17).

La unidad de Urías avanzó con denuedo debajo del muro de la ciudad. Qué trágico que un soldado tan valiente fuera sacrificado por la lujuria de David.

Joab envió a informar a David de todos los sucesos de la guerra, y dio orden al mensajero, diciendo: Cuando hayas acabado de contar al rey todos los sucesos de la guerra, si sucede que el furor del rey se enciende y te dice: «¿Por qué os acercasteis tanto a la ciudad para pelear? ¿No sabíais que dispararían desde el muro? “¿Quién mató a Abimelec, hijo de Jerobaal? ¿No arrojó una mujer sobre él una muela de molino desde lo alto del muro de manera que murió en Tebes? ¿Por qué os acercasteis tanto al muro?” Entonces le dirás: “También tu siervo Urías heteo ha muerto.”» (2 Sa. 11:18–21).

¿Por qué esperaba Joab que David se enfureciera? Porque Joab había cometido un error táctico que costó la vida de varios hombres. Dejó una unidad expuesta y desamparada para que mataran a su comandante. Cuando David escuchara este reporte probablemente se pondría furioso con Joab por cometer un error tan letal. Así que Joab dijo: Si David se pone furioso, simplemente dirás, «También tu siervo Urías heteo ha muerto.» Joab se estaba protegiendo al recordarle a David de su previa orden.

Partió, pues, el mensajero, y llegó e informó a David todo lo que Joab le había enviado a decir. Y el mensajero dijo a David: Los hombres prevalecieron contra nosotros y salieron al campo contra nosotros, pero los rechazamos hasta la entrada de la puerta. Pero los arqueros tiraron contra tus siervos desde la muralla; y algunos de los siervos del rey han muerto, y también tu siervo Urías heteo es muerto (2 Sa. 11:22–24).

Luego se hizo el fingido.

Entonces David dijo al mensajero: Así dirás a Joab: «No tengas pesar por esto, porque la espada devora tanto a uno como al otro; haz más fuerte tu combate contra la ciudad y destrúyela»; y tú aliéntale (2 Sa. 11:25).

El estímulo de David para Joab sólo era falsedad. Joab había perdido la batalla porque obedeció las ordenes de David de dejar matar a Urías. Anteriormente David nunca había tratado la pérdida de sus hombres tan casualmente. Esto no era su práctica normal. Ningún gran capitán en la historia hubiera sido tan filosófico en la derrota para decir: «La espada devora tanto a uno como al otro.»

Al oír la mujer de Urías que su marido Urías había muerto, hizo duelo por su marido (2 Sa. 11:26).

La carnalidad de David le trajo aflicción y pena a Betsabé quien aparentemente amaba a su marido y se lamentaba por él. Los pecados de un creyente frecuentemente envuelven y lastiman a otros.

Cuando pasó el luto, David mandó traerla a su casa, y ella fue su mujer; y le dio a luz un hijo. Pero lo que David había hecho fue malo a los ojos del Señor (2 Sa. 11:27).

Ningún creyente puede ser un ganador cuando se encuentra fuera del plan de Dios. David no era excepción. Ni una vez durante la «Operación Betsabé» confesó David sus pecados. Él se merecía lo que le dio a Urías, pero a finales del incidente David todavía estaba vivo. Dios todavía tenía un plan para su vida. Pero sólo después de pasar por la agonía física y emocional de la disciplina divina fue que finalmente se confesó. Después pudo continuar madurando como creyente.

¿Valió la Pena?

Señor, no me reprendas en tu enojo, ni me castigues en tu furor. Porque tus saetas se han clavado en mí, y sobre mí ha descendido tu mano (Sal. 38:1-2).

Esta es una imagen de miseria autoinducida y de dolor penetrante. David agoniza bajo las ordalías que experimenta de la disciplina divina por sus pecados. Estas «saetas» eran las saetas de la disciplina de Dios que penetraban a lo más profundo del alma de David. «Sobre mí ha descendido tu mano» es una forma figurada de hablar que dramatiza la gravedad de la condición de David. Él estaba siendo castigado justamente por el Señor.

Nada hay sano en mi carne a causa de tu indignación; en mis huesos no hay salud a causa de mi pecado. Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza; como pesada carga, pesan mucho para mí. Mis llagas hieden y supuran. A causa de mi necesidad, estoy encorvado y abatido en gran manera, y ando sombrío todo el día (Sal. 38:3-6).

Los versículos 3-6 describen las traumáticas consecuencias, emocionales y físicas del pecado de David. «Nada hay sano en mi carne» es un modismo hebreo que describe la pérdida de salud. Los pecados de David afectaron su salud física y mental. Su culpabilidad purulenta se convirtió en una carga emocional que lo dejó severamente deprimido lo cual se manifestaba en su comportamiento físico.

La severidad de su disciplina debe ser atribuida a su omisión de confesarse (Sal. 32:3). Cuando nosotros omitimos la confesión y el aislamiento de nuestros pecados se desarrolla una reacción en cadena. El pecado original, llega a ser compuesto por la reacción a la culpabilidad acoplado con varios pecados de actitud mental, incluyendo hipocresía, miedo, preocupación, ansiedad, depresión, envidia, amargura, odio y furia. Juntos estos pecados producen tensión y angustia en el alma, lo cual a su vez destruye la salud física (Sal. 32:3-4).

Porque mis lomos están inflamados de fiebre, y nada hay sano en mi carne. Estoy entumecido y abatido en gran manera; gimo a causa de la agitación de mi corazón (Sal. 38:7-8).

Los «lomos» se refieren al sistema nervioso, el cual estaba afectado por los pecados de actitud mental de David. Como resultado de su preocupación y ansiedad su miseria física llegó a ser tan intensa que vagaba de un lado a otro gimiendo.

Señor, todo mi anhelo está delante de ti, y mi suspiro no te es oculto. Palpita mi corazón, mis fuerzas me abandonan, y aun la luz de mis ojos se ha ido de mí. (Sal. 38:9-10)

El problema de David era el pecado evidente guiado por los pecados de actitud mental, incluyendo los de culpabilidad. El incremento de tensión que estos pecados pusieron en el alma de David amenazaron su salud mental. Él perdió la motivación, la energía y la capacidad para disfrutar la vida.

Mis amigos y mis compañeros se mantienen lejos de mi plaga, y mis parientes se mantienen a distancia (Sal. 38:11).

El pecado de David no sólo destruyó su comunión temporal con Dios y su salud, estos devastaron sus relaciones humanas. Nadie disfruta la presencia de una persona que siempre se siente miserable. Nadie desea embrollarse en la disciplina de Dios para con otro creyente. Los amigos de David comenzaron a retirársele. Hasta su familia lo eludía.

Los que buscan mi vida me tienden lazos; los que procuran mi mal hablan de mi destrucción, y traman traición todo el día. Mas yo, como el sordo, no oigo; soy como el mudo que no abre la boca. Sí, soy como el hombre que no oye, y en cuya boca no hay réplica (Sal. 38:12-14).

La disciplina divina también puede incluir los ataques de sus enemigos. Los numerosos enemigos de David gozaban con las oportunidades que estas circunstancias desdichadas ofrecían. Aunque fuese posible que no entendieran la causa, se habían percatado de que él se había debilitado y estaba vulnerable. Aprovechando la debilidad de David ellos inventaron ataques crueles y desviados contra él.

En esta condición de aturdimiento David tenía poco que decir. Indefenso y fraguante, estaba desanimado a defenderse. Todas las cosas que hacen valer la pena vivir eran inaplicables para él.

Habiendo perdido la esperanza y llegado al fondo, finalmente comprendió que su única solución se encontraba en el Señor. Sólo después de la disciplina intensa David tuvo en cuenta la confesión.

Porque en ti espero, oh Señor; tú responderás, Señor, Dios mío. Pues dije: Que no se alegren de mí los que, cuando mi pie resbala, se engrandecen sobre mí. Porque yo estoy a punto de caer, y mi dolor está continuamente delante de mí (Sal. 38:15-17).

La Confesión de David

El dolor y la miseria de David llegó a ser tan insoportable que anhelaba terminar su sufrimiento.

Confieso, pues, mi iniquidad; afligido estoy a causa de mi pecado (Sal. 38:18).

La primera mitad de este versículo, la confesión, ilustra *cómo* recuperar la comunión. «Confieso, pues, mi iniquidad» fue la oración de confesión de David. Nombrar los pecados a Dios Padre es todo lo que se requiere. La segunda mitad de este versículo revela las emociones de David en ese momento. Las emociones pueden estar presentes y son perfectamente normales, pero no son la base del perdón divino. Sentirse arrepentido por sus pecados fue una reacción legítima, pero es la dependencia en la provisión de Dios, no en la emoción humana, lo que restaura al creyente a la comunión.

¡Qué Precio se Paga!

¿Qué fue lo que trajo finalmente a su juicio a David? Dios ordenó a Natán el profeta a confrontar al rey, un prospecto temeroso puesto que el inestable rey era la autoridad final del país. Sin embargo Natán como profeta tenía la responsabilidad de criticar el liderazgo político de Israel.

Natán eligió confrontar al rey utilizando una parábola. En esta narrativa los eventos ilustran los pecados de David. Pero David había racionalizado y justificado sus pecados de tal manera que estaba ciego a la aplicación de la parábola. Él nunca hubiera reaccionado con tanta indignación si hubiera entendido su significado real.

Entonces el Señor envió a Natán a David. Y vino a él y le dijo: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre. El rico tenía muchas ovejas y vacas. Pero el pobre no tenía más que una corderita que él había comprado y criado, la cual había crecido junto con él y con sus hijos. Comía de su pan, bebía de su copa y dormía en su seno, y era como una hija para él. Vino un viajero al hombre rico y éste no quiso tomar de sus ovejas ni de sus vacas para preparar comida para el caminante que había venido a él, sino que tomó la corderita de aquel hombre pobre y la preparó para el hombre que había venido a él (2 Sa. 12:1-4).

Si David no se hubiera hundido tan profundamente en la carnalidad él hubiera percibido el significado de la parábola: Él era el hombre rico. El hombre pobre era Urías el heteo, ahora muerto. Su única posesión había sido «una corderita» —Betsabé.

En el antiguo Israel la costumbre era matar un becerro o un cordero engordado para dar la bienvenida a un visitante. En vez de tomar de su propio abundante rebaño, el hombre rico le robó la única corderita al hombre pobre. Por aplicación, David tenía varias esposas bellas, sin embargo tomó a Betsabé de Urías.

Y se encendió la ira de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive el Señor, que ciertamente el hombre que hizo esto merece morir; y debe pagar cuatro veces por la cordera, porque hizo esto y no tuvo compasión (2 Sa. 12:5-6).

¿Por qué estaba tan iracundo David? Su sentido de justicia fue ofendido, no obstante él falló en hacer la aplicación personal. Sin percatarse, él pronunció la sentencia contra sí mismo. Sólo la gracia de Dios conmutó la sentencia de muerte (Exo. 21:14; Lev. 20:10). En vez de la pena de muerte el Señor usó una restitución cuádruple como base

para la disciplina de David. Dios castigó a David más allá de lo que ha sido escrito en el Salmo 38. Mientras más tiempo permanezca usted fuera de comunión, más caro el precio que usted paga.

Entonces Natán dijo a David: Tú eres aquel hombre (2 Sa. 12:7a).

La verdad sacudió a David como un rayo. Pero antes que pudiera reaccionar Natán continuó:

Así dice el Señor, Dios de Israel: «Yo te ungi rey sobre Israel y te libré de la mano de Saúl. Yo también entregué a tu cuidado la casa de tu señor y las mujeres de tu señor, y te di la casa de Israel y de Judá; y si eso hubiera sido poco, te hubiera añadido muchas cosas como éstas» (2 Sa. 12:7b–8).

David fue nombrado rey sobre Israel por la gracia de Dios, no por sus magníficas habilidades. Dios causó que sucediera así, no David. Todo lo que tenía David era por cortesía de la gracia de Dios. Lo mismo es verdad para todos nosotros. Todo lo que tenemos, cualquier bendición en esta vida, es cortesía de la gracia de Dios.

«¿Por qué has despreciado la palabra del Señor haciendo lo malo a sus ojos? Has matado a espada a Urías heteo, has tomado su mujer para que sea mujer tuya, y lo has matado con la espada de los hijos de Amón. Ahora pues, la espada nunca se apartará de tu casa, porque me has despreciado y has tomado la mujer de Urías heteo para que sea tu mujer» (2 Sa. 12:9–10).

Por sus acciones pecaminosas David «despreció» el deseo de Dios. Dios pronunció la disciplina de David: La violencia plagaría su familia por muchos años.

Así dice el Señor: He aquí, de tu misma casa levantaré el mal contra ti; y aun tomaré tus mujeres delante de tus ojos y las daré a tu compañero, y éste se acostará con tus mujeres a plena luz del día. En verdad, tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto delante de todo Israel, y a plena luz del sol (2 Sa. 12:11–12).

Los pecados de David fueron cometidos en privado, pero su disciplina sería administrada en público. Todo Israel sería testigo. David mismo proclamó su disciplina en el versículo 6. Dios le daría un castigo cuádruple de su «misma casa.»

Segundo Samuel 12:13 comienza donde nos dejó David en el Salmo 38:18. ¿Acaso dijo David: me arrepiento por lo que he hecho y me remuerde cada pecado? ¡Para nada! Nótese qué específica es la confesión de David.

Entonces David dijo a Natán: He pecado contra el Señor.
Y Natán dijo a David: El Señor ha quitado tu pecado; no morirás (2 Sa. 12:13).

Dios perdonó y olvidó los pecados de David instantáneamente. Esos pecados pasados ya no mantuvieron más a David fuera de comunión con Dios. David nunca más sintió la culpabilidad opresiva y la ansiedad abrumadora que expresó en el Salmo 38. Bajo la autoridad de la Palabra de Dios esos pecados fueron borrados. Sentirse culpable por esos pecados de nuevo hubiera sido otro pecado —el rechazo de la maravillosa provisión de la gracia de Dios.

El perdón divino nunca depende de nuestros sentimientos, nuestro grado de culpabilidad, ni siquiera nuestra fe. El perdón depende de la promesa de Dios de cancelar los pecados cuando los nombramos a El. Para experimentar la bendición de una comunión renovada y para evitar la trampa de la culpabilidad, nosotros tenemos que tener confianza que Dios nos ha perdonado y olvidado nuestros pecados y que somos limpiados «de toda maldad o iniquidad.» Entonces nosotros, también, podremos compartir en la alabanza de David para Dios:

¡Cuan bienaventurado es aquel cuya transgresión es perdonada, cuyo pecado es cubierto! ¡Cuán bienaventurado es el hombre a quien el Señor no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño! (Sal. 32:1–2).

Los pecados de David habían sido perdonados completamente. El resto de la disciplina de David fue consumada a través de los miembros de su propia familia. David pagó cuatro veces más por sus pecados:

1. El hijo nacido del adulterio murió (2 Sa. 12:14–15).
2. Amnón, hijo de David, violó a Tamar, hija de David (2 Sa. 13:1–14).

3. Absalón asesinó a Amnón para vengar a Tamar (2 Sa. 13:22–29).
4. Absalón, el hijo más amado de David, dirigió una revolución nacional en contra de su padre (2 Sa. 15—18).

Finalmente su disciplina terminó en 2 Samuel 18:33 cuando David se enteró de la muerte de Absalón.

Y el rey se conmovió profundamente, y subió al aposento que había encima de la puerta y lloró. Y decía así mientras caminaba: ¡Hijo mío Absalón; hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera haber muerto yo en tu lugar! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío! (2 Sa. 18:33).

Cuando David escuchó la noticia de la muerte de Abasalón, se tambaleaba bajo el dolor de su pérdida. La disciplina por sus pecados había llegado al fin. Los cuatro plazos se extendieron por un periodo de cerca de quince años. Si la disciplina hubiera sido repartida al mismo tiempo puede ser que él no la hubiera podido sobrevivir.

Aun cuando la disciplina de David fue severa, debido a que se había confesado su sufrimiento fue para bendición. David avanzó espiritualmente a través de esos años. Aprendió a depender en el Señor en las circunstancias más adversas. Muchas de las lecciones que aprendió David están preservadas en los Salmos que él escribió durante la revolución de Absalón cuando lo perdió todo y llegó a ser un fugitivo. Por quedarse en comunión David fue capaz de acelerar su marcha espiritual dando ejemplo del principio de la maldición convertida en bendición.

EL PROGRAMA DE ENTRENAMIENTO DIVINO

El ejemplo trágico de David en el incidente de Betsabé ilustra el trauma de la disciplina divina. El doceavo capítulo de Hebreos nos advierte no olvidar la realidad y las repercusiones de la disciplina de Dios.

Además, habéis olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige: «Hijo mío, no tengas en poco la disciplina [de corrección] del Señor, ni te desanimes al ser reprendido por El; porque el Señor al que ama, disciplina [disciplina de advertencia], y azota a todo el que recibe por hijo [disciplina intensa]» (Heb. 12:5–6).

Para ser un ganador, el jugador de baloncesto tiene que actuar dentro de un conjunto de lindes. Así como un árbitro pita cuando el jugador sale fuera de línea, Dios pita administrando disciplina cuando el creyente sale fuera de línea a través del pecado.

Dios comienza con disciplina de advertencia para poner alerta al creyente de su carnalidad y motivarlo a la confesión. Si continúa en la carnalidad, «no tengas en poco la disciplina del Señor», Dios intensifica el castigo. A menos de que utilice la confesión esta disciplina intensa se convierte en disciplina de muerte, el pecado que lleva a la muerte (1 Ju. 5:16).

La acción punitiva de Dios nunca es arbitraria o abusiva. Dios siempre es justo e imparcial. La disciplina divina es una parte integral del programa de entrenamiento de Dios para el creyente en la familia real. La disciplina de Dios es la evidencia de que somos hijos (Ju. 1:12) y una manifestación del amor de Dios para nosotros aún cuando somos carnales.

NO LE FALLE A LA GRACIA DE DIOS

Es para vuestra corrección que sufrís; Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo hay a quien su padre no discipline? Pero si estáis sin disciplina, de la cual todos han sido hechos participantes, entonces sois hijos ilegítimos y no hijos verdaderos. Además, tuvimos padres terrenales para disciplinarnos, y los respetábamos, ¿con cuánta más razón no estaremos sujetos al Padre de nuestros espíritus, y viviremos? Porque ellos nos disciplinaban por pocos días como les parecía, pero Él nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de su santidad [integridad] (Heb. 12:7–10).

Los padres sabios y amorosos disciplinan a sus hijos para entrenarlos a tener una orientación apropiada en su vida adulta. Por medio de la disciplina los niños aprenden humildad, respeto a la autoridad, a ser dóciles y a tener objetividad —cualidades indispensables para la madurez. Así como la disciplina de los padres prepara a los niños para la madurez humana, la disciplina de Dios prepara a los creyentes para la madurez espiritual. Con la madurez espiritual el creyente puede manejar las vicisitudes de la vida.

«Y viviremos» quiere decir que cuando nos confesamos podemos continuar avanzando en la vida cristiana. Mientras más tiempo estemos en comunión, más podremos aprender y aplicar la doctrina bíblica. Mientras crecemos espiritualmente nuestra capacidad para la vida y para recibir bendiciones incrementa y nuestra vida se enriquece.

«Participemos de su santidad» comprende el espectro completo del avance a la madurez espiritual en la vida cristiana. Dios nos disciplina para llamar nuestra atención y para regresarnos a la realidad. Una vez que estamos enfocados nos confesamos, nos recuperamos, y seguimos nuestra marcha.

Al presente ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; sin embargo, a los que han sido ejercitados por medio de ella, les da después fruto apacible de justicia (Heb. 12:11).

El castigo es doloroso, nunca placentero. La disciplina está diseñada para la corrección y el entrenamiento. Al niño que nunca se le corrige llega a ser un adulto rebelde, miserable, preocupado, e inadaptado a la vida. Sin embargo, el niño que ha sido bien entrenado tiene mejor oportunidad para ser estable y ajustado a la vida. Los creyentes que responden a la disciplina divina por medio de la confesión son perdonados, son llenos del Espíritu, tienen el potencial para la madurez espiritual y para las bendiciones de «mayor gracia» de la vida espiritual. (Santiago 4:6)

Por tanto, fortaleced las manos débiles y las rodillas que flaquean [confesión], y haced sendas derechas para vuestros pies, para que la pierna coja no se descoyunte, sino que se sane. Buscad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Heb. 12:12–14).

Fortalecer las manos débiles y las rodillas que flaquean y hacer sendas derechas son sinónimos de la confesión que resulta en la llenura del Espíritu Santo, la fuente del poder espiritual. La confesión transforma de la debilidad de la carnalidad al poder de una vida espiritual restaurada. La vida espiritual es sanada debido a que la maldición ha sido cambiada a bendición. La debilidad de la maldición bajo disciplina llega a ser la fuerza del sufrimiento para la bendición.

Una última advertencia concerniente a la disciplina está en el versículo 15:

Mirad bien de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios; de que ninguna raíz de amargura, brotando, cause dificultades y por ella muchos sean contaminados (Heb. 12:15).

Algunas personas responden a la disciplina del Señor con amargura y continúan en la amargura. Ellos llegan a ser obstruccionistas, personas miserables que son obstáculo a su propio crecimiento espiritual y a la vida espiritual de otros. Estos nunca se recuperarán ni se orientarán a la gracia otra vez, a menos de que entiendan el propósito verdadero de la disciplina.

Dios ha provisto al creyente con la solución perfecta para el pecado. Desde el momento en que usted fue salvado Dios siempre ha tratado con nosotros por su gracia. El nos disciplina en gracia; El nos perdona en gracia; El nos bendice en gracia. La confesión es el epítome de la gracia.

La confesión es el concepto más simple y a la vez más increíble de la vida espiritual. La facilidad con la cual nombramos nuestros pecados y somos perdonados por Dios conmemora su inigualable gracia. La confesión derrota el pecado y nos da acceso al poder de Dios. En nuestros dedos tenemos la llave que abre la manera de vivir la vida cristiana. Comprender la confesión es abrir la puerta a la maravillosa libertad espiritual que la gracia de Dios ofrece a cada creyente en el Señor Jesucristo. No le falle a la gracia de Dios; la gracia de Dios nunca le falla a usted. ¡Confiéscese y siga su marcha!

Glosario

área de debilidad Area de la naturaleza pecaminosa la cual tienta al creyente al pecado personal. La tentación sólo se convierte en pecado cuando el albedrío consiente a la tentación.

área de fortaleza Area de la naturaleza pecaminosa la cual genera el bien humano u obras muertas. (Véase **bien humano**)

carnalidad Estado absoluto de estar fuera de comunión con Dios debido a pecados sin confesar en la vida del creyente. En carnalidad el creyente pierde la plenitud del Espíritu Santo y la naturaleza pecaminosa controla su vida. (Antónimo: **espiritualidad**)

pecar en cadena El resultado de dejar que las pesadumbres o pecados pasados generen más pecados. A medida que uno o más pecados se amontonan sobre los pecados pasados se desarrolla una secuencia destructiva.

confesar El mandato a cada creyente de simplemente nombrar, citar admitir o reconocer los pecados en privado a Dios Padre (1 Juan 1:9).

bien divino Servicio cristiano u obras ejecutados por un creyente que está lleno del Espíritu Santo. (Antónimo: **bien humano**)

llenura o plenitud del Espíritu Santo El estado absoluto de estar en comunión con Dios mandado a todo creyente de la Época de la Iglesia; la oportunidad de utilizar el poder de Dios para ejecutar la vida cristiana. Esta condición se puede perder a través del pecado, pero se recupera nombrando o reconociendo los pecados a Dios Padre en privado.

gracia Don gratuito de Dios de favor inmerecido; todo lo que Dios está libre para hacer por la humanidad basado en la obra redentora de Jesucristo en la cruz. La humanidad a través de sus obras nunca puede lograr o alcanzar la atención o el favor de Dios.

bien humano Las obras buenas producidas bajo el control de la naturaleza pecaminosa. Un creyente con pecados sin confesar en su vida no es espiritual sino carnal (controlado por la naturaleza pecaminosa). Las obras buenas de un creyente carnal son indistinguibles de las obras buenas hechas por un incrédulo y no tienen valor espiritual. (Antónimo: **bien divino**)

residencia del Espíritu Santo Un estado permanente adquirido en el momento de la salvación por cada creyente de la Época de la Iglesia que transforma el cuerpo en un templo para la residencia simultánea de Jesucristo.

integridad de Dios La combinación de los atributos divinos de rectitud y justicia para formar la santidad de Dios; la totalidad de la perfección de Dios.

gracia logística La provisión completa de Dios de cada necesidad espiritual y física de todo creyente sin tomar en cuenta su estado espiritual. La gracia logística mantiene al creyente vivo, le provee acceso a la doctrina bíblica y le permite crecer espiritualmente en el mundo del diablo.

omnisciencia Literalmente quiere decir «todo lo sabe» y describe el atributo de Dios de conocimiento completo de todas las cosas, in-

cluyendo lo actual y el pasado posible, el presente y los eventos futuros.

parábola Una narrativa corta y ficticia que ilustra un principio de doctrina bíblica.

pródigo Una persona temeraria y extravagantemente malgastadora.

pecado Cualquier actividad mental, verbal o evidente que viola el carácter y las normas de Dios.

naturaleza pecaminosa Una parte integral de todo ser humano que reside en la estructura celular del cuerpo humano. La naturaleza pecaminosa fue adquirida originalmente por Adán a causa de su caída y es posteriormente pasada genéticamente a toda la humanidad a través de la procreación. El resultado es la muerte espiritual y la depravación total de toda la humanidad, excepto Jesucristo. La naturaleza pecaminosa está compuesta de un área de fortaleza, una área de debilidad, de tendencias hacia el legalismo o hacia la antinomía y de patrones de lujuria.

muerte espiritual Separación de Dios en el momento del nacimiento físico; imputación de la penalidad del pecado original de Adán a la naturaleza pecaminosa formada genéticamente.

espiritualidad Estado absoluto de comunión con Dios a través del uso de la confesión y su resultado que es la plenitud del Espíritu Santo. (Antónimo: **carnalidad**)

tabú Una prohibición arbitraria impuesta por un grupo religioso o social. Los tabúes no son la base para fijar pecados.

la Trinidad Un nombre teológico técnico designando a Dios como uno en esencia pero en tres personas exactamente iguales, infinitas y eternas: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Indice de las Escrituras

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS		11:3	30
3:2-3	2	11:4-5	30
3:6-8	2	11:6-7	30
ÉXODO		11:8	31
21:14	38	11:9	31
25:21-22	18	11:10-11	32
LEVÍTICO		11:12-13	32
20:10	38	11:14	32
26:11-12	18	11:15	33
1 SAMUEL		11:16-17	33
13:14	28	11:18-21	33
16:7	14	11:22-24	34
2 SAMUEL		11:25	34
11	28	11:26	34
11:1	28	11:27	34
11:2	29	12:1-4	38
		12:5-6	38
		12:6	40
		12:7	39
		12:7-8	39
		12:9-10	39

12:11-12	39
12:13	40
12:14-15	40
13:1-14	40
13:22-29	41
15-18	41
18:33	41

NEHEMIAS

1:6	24
-----------	----

SALMOS

32:1-2	40
32:3	35
32:3-4	35
32:5	24
38	40
38:1-2	35
38:3-6	35
38:7-8	35
38:9-10	36
38:11	36
38:12-14	36

38:15-17	37
38:18	24, 37, 40
51:3-4	24
51:4	21
91:1	18
103:12	25

PROVERBIOS

6:16	16
6:17	16
6:18	17
6:19	17
8:13	7
28:13	24

ISAIAS

41:10	7
43:25	3, 25
64:6	9

DANIEL

9:4	24
-----------	----

NUEVO TESTAMENTO

MATEO

7:1-5 10

LUCAS

15:11-32 22

15:18 23

15:19 23

15:20 23

JUAN

1:12 14, 42

10:28 11

14:19-20 18

16:7 18

17:22-23 18

HECHOS

13:22 28

16:31 3

ROMANOS

3:23 6

4:3-5 3

5:8 2

5:12 2

6:6 5

6:12 5

7:8-20 5

7:14 5, 10

7:15 5

7:17 5

7:18 5

8:3-4 5

8:10 18

8:38-39 10

1 CORINTIOS

3:1 14

3:1-3 13

3:2 15

3:3 15

3:12-15 9

3:16 18

6:19 18

11:28 26

11:28-32 26

11:29 26

11:30 26

11:31 24, 26, 27

11:32 26

15:22 2, 11

2 CORINTIOS

3:17-18 18

5:14-15 2

5:19 2

5:21 3

GÁLATAS

5:19-21 8

5:22-23 13

EFESIOS

2:8-9 3, 11, 14

4:22 5

5:18 19

FILIPENSES

3:6 25

3:13 25

3:14	25
4:6	7

1 TESALONICENSES

4:14	27
------------	----

HEBREOS

6:1	8
9:5	18
11	28
12:1	27
12:5-6	41
12:6	25
12:7-10	42
12:11	43
12:12-14	43
12:15	24, 44

SANTIAGO

3:5-6	7
4:6	43

1 PEDRO

1:4-5	12
2:5	21
2:9	21
2:22	6
2:24	2
4:17	24

1 JUAN

1:8	2, 6
1:9	19, 20, 27, 46
1:10	2, 6
2:1	20
2:2	2
2:11	7
5:16	27, 42

NOTAS

NOTAS

LIBROS EN ESPAÑOL

¡Confíesese y Siga Su Marcha!
Cristiano, ¡Descanse!
Cuestión de Vida o Muerte
El Plan de Dios
La Oración Para La Vida Eterna

SALVATION BOOKS

The Barrier
The Blood of Christ
God's Perfect Gift
Heathenism
A Matter of Life & Death
The Night Before Christmas
The Plan of God
Slave Market of Sin

SPIRITUALITY BOOKS

God the Holy Spirit vs. The Sin Nature
Isolation of Sin
The Prodigal Son
Rebound & Keep Moving!
Rebound Revisited

HISTORY & PROPHECY BOOKS

The Angelic Conflict
Anti-Semitism
Apostasy in the Land
Armageddon
Canonicity
Daniel Chapters One through Six
The Divine Outline of History:
Dispensations and the Church
Freedom through Military Victory
In Harm's Way
Levitical Offerings
Satan and Demonism
Victorious Proclamation

CREATION BOOKS

Creation, Chaos, and Restoration
The Origin of Human Life

CHRISTIAN LIFE BOOKS

Better Things for Christmas
Christian, at Ease!
Christian Integrity
Christian Suffering
Divine Guidance
Dying Grace
The Faith-Rest Life
Follow the Colors
Giving: Gimmick or Grace?
In Whom Do You Trust?
Laura Kay's Legacy
Memorial Tribute
Mental Attitude Dynamics
Prayer
Psalms Twenty-Three
A Quartette of Fools
Reversionism
Tongues
Victory over Death
Witnessing

GOD'S ESSENCE BOOKS

The Integrity of God
King of Kings and Lord of Lords
The Trinity
The Unfailing Love of God

PRAYER LEAFLETS

A Prayer for America
The Prayer for Eternal Life

CHILDREN'S BOOKS

Children's Bible Studies:
Vol 1-What God Wants Me to Know
Vol 2-What Is God Like?
Vol 3-The Persons of the Godhead
Vol 4-God's Plan of Salvation
Train up a Child . . . Source Book
The Great Adventure